

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Por Eduardo Serra Rexach
Coordinador del Grupo de Trabajo

Un año más, el Panorama Estratégico Español es fruto de la colaboración entre el Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE) y el Real Instituto Elcano (RIE); entre el sector público (el IEEE está incardinado en el Ministerio de Defensa) y la iniciativa privada o, al menos, semiprivada. Aunque todavía en España el sector público (el Gobierno) tiene un papel a mi juicio excesivo en el campo del pensamiento estratégico, es de felicitarse que este libro sea, por iniciativa del propio IEEE, fruto de la colaboración entre ambos sectores. Los compartimentos estancos de los que nos hablaba Ortega y Gasset en su «España Invertebrada» (1921) van, como los muros de Jericó, cayendo poco a poco, muy poco a poco; cabría preguntarse si la culpa radica solo en el sector gubernamental. Responder a esta pregunta supondría adentrarse en cuestiones hartamente complejas como la iniciativa empresarial en cuestiones de interés general o el propio papel de la Universidad e incluso el carácter autónomo o no de ésta. Cuestiones que claramente exceden del ámbito del presente estudio.

En todo caso el volumen que el lector tiene en sus manos es fruto del trabajo de verdaderos especialistas en sus respectivas materias, algún extranjero, intentándose con ello que se refleje el pensamiento estratégico no tanto de España como «desde» España. Es ello lógica consecuencia de la progresiva inserción de España en el mundo occidental, fundamentalmente en Europa, superado ya el tradicional aislamiento que tan funestos resultados dio a España en su reciente historia.

En efecto, nuestras capacidades y nuestras debilidades, las amenazas a las que debemos hacer frente, cada vez son menos exclusivamente

nuestras y cada vez más compartidas por nuestros vecinos y aliados. Ello es así no solo por nuestra pertenencia a la Unión Europea, por una parte y a la Alianza Atlántica por otra, sino que además fenómenos muy recientes como la globalización o los crecientes flujos migratorios acentúan esa necesidad y, por ende, esa tendencia.

Al ser un libro en colaboración, se corre el riesgo de incurrir en contradicciones, en lagunas y en solapamientos. Hemos intentado que éstas sean mínimas, respetando, como es natural, la libertad de cada autor.

Algunas lagunas concretamente son voluntarias (por ejemplo, las amenazas cibernéticas o la inmigración ilegal) pues no se ha pretendido hacer un catálogo exhaustivo de las mismas; hemos preferido limitarnos a las más importantes, siempre desde el punto de vista español. Con ello hemos pretendido tan sólo contribuir, aportar nuestro grano de arena, al estudio del panorama estratégico del mundo occidental. Tampoco nos hemos ocupado aquí de regiones o países de extraordinaria y creciente relevancia en el panorama internacional por haber sido tratados recientemente, caso de China.

Por otra parte y, como advertirá el lector, se yuxtaponen el enfoque temático y el geográfico; ello es así porque (de nuevo la globalización) las fronteras van desdibujándose en la medida en que el mundo va agrupándose en regiones supranacionales más fáciles de identificar desde el punto de vista de nuestro estudio. Además, cada día es más significativo el papel de actores no estatales, como los terroristas por una parte, pero también por otra parte, las grandes corporaciones y entidades transnacionales o las ONGs cuya actuación por su propio carácter rebasa el territorio de las fronteras nacionales, piénsese, por ejemplo, en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

El mundo o, por no ser egocéntricos, el mundo occidental, vive una situación de incertidumbre y de inseguridad, sea cual sea la percepción que se tenga de ella, lo que exige una visión lo más equilibrada y certera posible en lo que al panorama estratégico se refiere.

En efecto, hemos sido sacudidos en muy poco tiempo por fenómenos importantísimos y de etiología muy diversa: el fin de la Guerra Fría y de la existencia de bloques; la aparición del terrorismo fundamentalista islámico a gran escala actuando por doquier en el planeta; el emerger de los grandes países del sureste de Asia como protagonistas muy principales de la vida económica y consiguientemente el anuncio, cada día más realidad, de que un mundo habituado a tener 1.000 millones de consumidores, tiene que adaptarse a tener 3.000 millones.

Por otro lado, la subsistencia de tensiones y conflictos regionales y locales con la subsiguiente amenaza de la proliferación del armamento nuclear así como de otras armas de destrucción masiva.

La globalización económica sin duda conlleva ventajas de todo tipo pero también supone riesgos para el «statu-quo» actual; piénsese en la deslocalización industrial o en los mecanismos de protección de la agricultura de los países desarrollados.

Este cúmulo de acontecimientos concurrentes provoca grandes cambios en la percepción de la amenaza. Así, ésta va perdiendo su carácter predominante –casi exclusivo– político militar y va tiñéndose de consideraciones económicas, demográficas, culturales y, por qué no decirlo, incluso religiosas.

En este sentido, la preocupación por el agotamiento progresivo de los recursos naturales (principal –pero no exclusivamente– energéticos), la constatación del calentamiento progresivo del planeta con su pléyade de consecuencias de todo tipo (algunas de ellas amenazadoras de poner en peligro la misma existencia de la humanidad), son hoy elementos que deben ser tenidos en cuenta si tratamos cuestiones de seguridad.

Incluso la dimensión exclusivamente político-militar de nuestro Panorama Estratégico se aleja cada día más de la fría compulsión de capacidades y debilidades adentrándose en un terreno brumoso y poco nítido como es el del terrorismo fundamentalista islámico que a su ubicuidad añade con las ADM (conquistas de la tecnología) una amenaza nada desdeñable, como ya hemos tenido –trágicamente– ocasión de comprobar.

Todo ello configura un Panorama Estratégico en el que predominan las incertidumbres y en el que deben tener cabida elementos de muy distinta naturaleza y origen.

Así pues tres factores van a configurar el nuevo escenario estratégico:

- En primer lugar el aldabonazo que supuso el 11 de Septiembre, luego repetido en Madrid, Londres y otras ciudades, hizo evidente que la desaparición de las amenazas que el bloque soviético suponía no quería decir ni mucho menos que no existieran otras amenazas. Por el contrario son evidentes y además radicalmente distintas de las anteriores: pueden no estar encarnadas por actores estatales, son extraordinariamente difusas y difíciles de identificar y pueden ser extraordinariamente letales si utilizan Armas de Destrucción Masiva (ADM), lo que cada día es más factible.

- En segundo lugar, un mundo que había sido esencialmente bipolar y simétrico se va convirtiendo progresivamente en uno multipolar y asimétrico; ya no cabe concentrar la atención en un país, hay que observar (como en un radar) todo el entorno y escudriñar cuáles pueden ser los países o las regiones más peligrosas, actual o potencialmente.

En este horizonte fluido se pueden observar dos movimientos:

- a) Uno de gran velocidad: la emergencia de dos colosos, China e India, que a pesar de su gigantesca dimensión, prácticamente habían jugado muy poco en la esfera internacional, tanto política como económicamente. Junto a ellos Rusia, ahora aliada de Occidente, se prepara para jugar un nuevo papel basado en sus ingentes reservas de materias primas (incluidos petróleo y gas).
- b) Otro de velocidad lenta pero tristemente (para nosotros) consistente: Europa va dejando de ser un actor principalísimo en la esfera internacional.

Había ya renunciado a tener capacidades militares relevantes, pero la asimetría de la nueva situación en la que los occidentales somos sin duda los poderosos, ha hecho arraigar unas ideas y unos sentimientos individualistas y pacifistas que consolidan esa tendencia; se hablaba de «dividendos de la paz» y se renunció no ya a aumentar sino incluso a mantener los gastos militares, iba desapareciendo progresivamente la conscripción obligatoria y se consideraba cada día más innecesaria la función de nuestras Fuerzas Armadas (salvo para operaciones humanitarias o de mantenimiento o restablecimiento de la paz) que deberían ser sustituidas por organizaciones de la Sociedad civil, las ONGs; Europa, en fin, no aspira a otro poder que al político-diplomático, al poder blando, pues se pensaba –se piensa– que es por lo menos el más útil en las presentes circunstancias.

Naturalmente esta tendencia conduce a una progresiva divergencia en la percepción de la amenaza y en la forma de hacerle frente entre las opiniones públicas europeas y norteamericanas y, por tanto, entre sus gobiernos.

A esa debilidad militar debe añadirse una pérdida de importancia estratégica pues Europa ya no es más –por fortuna– el hipotético campo de batalla entre los antiguos bloques.

Con todo, el mayor problema para Europa es hoy no trasvasar su declive militar a otros campos, singularmente el tecnológico, pero también el económico.

- En tercer lugar la amenaza es no solo dispersa desde el punto de vista geográfico, sino también desde el de su propia naturaleza; como hemos dicho, hoy forman parte de la amenaza fenómenos que, como el cambio climático, las inmigraciones, el ciberterrorismo, la crisis energética o las pandemias, reclaman un tratamiento radicalmente nuevo por parte de nuestros gobiernos y nuestras sociedades e incluso de la comunidad internacional en su conjunto. Si, decíamos, la amenaza puede estar encarnada por actores no estatales como los grupos terroristas y puede ser de naturaleza muy diversa, la respuesta debe ser multidisciplinar y debe realizarse por sujetos también diferentes, obviamente en actuación coordinada; ya no puede ser solo cuestión de los distintos ministerios de Defensa ni incluso de los gobiernos; por supuesto dentro de éstos debe existir una mucho mayor involucración de otros departamentos, singularmente los de Hacienda y los de Ciencia y Tecnología, pero es necesario también el concurso de elementos de la Sociedad civil, desde las ONGs a los «think tank» de estudios internacionales y estratégicos, desde los centros de investigación a las grandes corporaciones. Con la globalización la Seguridad ha pasado a ser una cuestión de todos.

La situación anterior nacida con el fin de la Segunda Guerra Mundial y finiquitada en 1989 con la caída del muro de Berlín se caracterizaba por la existencia de dos grandes bloques ideológicamente enfrentados, rígidamente constituidos (con escaramuzas aquí y allá) y de características y capacidades militares simétricas. Era por tanto una situación de análisis no difícil y de respuesta previsible. Consecuentemente las estructuras de defensa y seguridad del bloque occidental, básicamente la Alianza Atlántica, estaban nítidamente configuradas, sus conceptos estratégicos eran claros y las fuerzas militares que las sustentaban estaban adiestradas, preparadas y dotadas para hacer frente a la amenaza por antonomasia.

La caída del muro hizo pensar a algunos que nos encontrábamos ni más ni menos que en el fin de la Historia. El 11 de Septiembre (de 2001) nos despertó abruptamente de este sueño y, poco a poco, se ha venido dibujando una situación plagada, como hemos dicho, de nuevas realidades y de fenómenos emergentes que le hacen tener un carácter magmático y fluido de mucho más difícil análisis y de respuesta incierta y, desde luego, radicalmente distinta de la anterior; pensemos, por ejemplo, en las capacidades militares: cada día es más claro que nuestras tradicionales

fuerzas convencionales han perdido gran parte de su utilidad. ¿Qué pensar de las divisiones acorazadas para hacer frente a las fuerzas soviéticas en las llanuras de Centro Europa? ¿o de las fuerzas navales para proteger los convoyes que atravesarían el Atlántico con destino a Europa? Es claro que todo ello ha quedado en gran parte obsoleto pero ¿cómo hacer frente a la nueva realidad? La respuesta no es tanto fruto de una nueva doctrina sino que va construyéndose «de facto» día a día y después, solo después, va creándose la doctrina. Una cosa sí parece clara: la asimetría de la nueva situación, por contraste a la anterior, va haciendo disminuir la amenaza de una guerra convencional, mejor deberíamos decir regular, mientras que debemos temer la aparición de distintos tipos de guerra irregular (terrorismo, insurgencia, guerrilla, sabotaje...).

Por otro lado los increíbles desarrollos de las tecnologías en informática, electrónica y comunicaciones hacían necesaria su incorporación a nuestros ejércitos con una no despreciable repercusión en los costes.

En su aportación, el Almirante Terán nos expone como ya, antes del 2001, nuestras Fuerzas Armadas fueron incorporando progresivamente las nuevas tecnologías, lo que sin duda daba superioridad a los ejércitos que las incorporaron. Empezó entonces a hablarse de la Revolución de los Asuntos Militares (RAM), incluso en la Cumbre de Washington de 1999 se aprobó un nuevo concepto estratégico para la Alianza que, entre otras cosas, permitía las actuaciones «fuera de área»; pero solo a partir de los ataques terroristas es cuando se acepta la necesidad imprescindible de la transformación de nuestros ejércitos para hacer frente en el nuevo escenario estratégico a una multitud de misiones (gestión de crisis, mantenimiento o restablecimiento de la paz, etc.) y ello en muy diferentes ambientes y circunstancias. Es entonces cuando empieza a pensarse en la necesidad de conjugar la actuación de muy diversos elementos estatales, militares, políticos, diplomáticos, legales, etc., e incluso no estatales (ONGs) para hacer frente a estas situaciones de muy diversa naturaleza. Es lo que se ha llamado Respuesta Integrada o Integral que, junto a la RAM, constituye el núcleo de la transformación que están sufriendo nuestras Fuerzas Armadas.

Como ha quedado demostrado en Afganistán y en Irak, y decíamos más arriba, ya no basta la nueva superioridad militar, por aplastante que ésta sea, sino que es necesario el concurso de elementos de muy diversa naturaleza, civil y militar, para la resolución definitiva de los conflictos.

La Respuesta Integral, analizada en sus pormenores y vicisitudes, por tanto, está llamada a ser una de las bases no sólo de la transformación de los ejércitos sino también de los distintos elementos civiles, gubernamentales o no, que, según decíamos, están llamados a desempeñar funciones en la acción de Seguridad y Defensa de los Estados.

Correlativamente a esta transformación de nuestros ejércitos, el Almirante Terán analiza pormenorizadamente la evolución estratégica de la Alianza Atlántica como pilar esencial de nuestra seguridad colectiva pero también la de la Unión Europea que, a pesar de su clara vocación política, está intentando crear su propia dimensión de Seguridad y Defensa. De modo que las bases para la convergencia de una y otra están sentadas.

Por ello, quizás en un futuro no lejano podamos asistir a actuaciones conjuntas de ambas, con lo que la dicotomía entre poder fuerte (militar) y poder blando (político y económico) podría ir difuminándose, desapareciendo así uno de los polos de fricción entre Europa y los Estados Unidos.

Nadie duda de la importancia estratégica de la energía. Paul Isbell concluye su análisis de la materia entendiéndolo que la energía se ha convertido en la cuestión estratégica global por excelencia. En efecto, a la conocida repercusión de la energía en el dinamismo de la economía se añade hoy su importancia en la estabilidad geopolítica mundial y afecta decisivamente al futuro medioambiental.

Comienza su análisis con la alarma producida en 2006 por el rebrote de los precios de la energía pero a diferencia de alzas anteriores, desde 1973, esta vez no se debe a una contracción de la oferta sino a un brusco aumento de la demanda; la aparición en el mercado energético de las demandas de China y de India llevaron el precio del crudo prácticamente al máximo histórico. Este acontecimiento le da pie para analizar la relación entre los precios de la energía y la economía mundial demostrando que, además de ser cíclica, la relación es cada vez más inestable, inestabilidad que aumenta cuando al juego del libre mercado se añaden intervenciones políticas (revolución iraní de fines de 1978 ó la invasión de Irak en 2003), llamando la atención de que un ataque militar contra Irán en la actualidad podría producir efectos similares.

Además de la entrada de los gigantes asiáticos en el mercado de la energía, Paul Isbell analiza la paradoja de que en los tiempos actuales de creciente globalización, asistamos por doquier a un resurgimiento del na-

cionalismo energético. Así en América Latina donde los gobiernos de Venezuela y Bolivia y algún otro, sin duda bajo el liderazgo de Hugo Chávez, están utilizando el arma de los hidrocarburos para sus propios fines políticos. Pero no solo ellos, también en Rusia en donde, tras un proceso de liberalización del sector, el gobierno de Putin está utilizando el petróleo y el gas como sector clave para la proyección de su poder en el mundo; tanto con los antiguos países satélites (Ucrania y Bielorrusia) con sus importantes repercusiones en el suministro a Europa, como en sus coqueteos con China y Japón (construcción del oleoducto siberiano). Incluso el gobierno de Putin va más allá intentando crear un cártel del gas. A pesar de las dificultades fácticas que hoy tiene debidas a la naturaleza regional de los mercados del gas, sus acercamientos a países como Argelia, Qatar e Irán deben ponernos sobre aviso de un riesgo que afectaría especialmente a España.

A continuación Paul Isbell analiza con detenimiento las consecuencias del nacionalismo energético con las indudables ventajas que a corto plazo tiene para los que lo practican pero advierte de los riesgos de utilizarlo, tanto en su vertiente externa como arma geopolítica, pues entiende al final que hay una dependencia mutua entre países productores y consumidores, como en su vertiente interna, pues una excesiva presencia del estado produce un impacto negativo sobre el futuro nivel de inversión.

Por último se refiere al riesgo que el consumo de energía puede producir en el cambio climático, lo que ha llevado recientemente al Consejo Europeo a adoptar unas drásticas recomendaciones para reducir las emisiones de los gases invernadero, aumentar el uso de energías renovables e incrementar la eficiencia energética. En definitiva, surge la urgencia de crear una verdadera política energética europea capaz de afrontar, dice, este triple reto económico, geopolítico y medioambiental.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial recorrió Europa un anhelo de unión política entre sus países que cristalizó con la firma del Tratado que constituyó la Comunidad Económica Europea en Marzo de 1957; de entonces surgió una polémica que ha durado hasta nuestros días entre si ese anhelo no sería más que un negocio de los empresarios (la Europa de los mercaderes), si era una forma de prevención de la pesadilla que habían sido las dos guerras mundiales (más europeas que mundiales), o si era un ideal realizable.

Ahora, cuando se cumplen 50 años del Tratado Fundacional, observamos dos corrientes de signo contrario: por un lado un recurrente esfuerzo por

construir Europa (proveerla de una Constitución, incrementar su competitividad y su potencial económico, darle instrumentos para que pueda tener una política exterior común, dotarla de capacidades militares, etc.). De otro lado observamos una Europa que se hace vieja a ojos vista y no solo por la riqueza de su historia sino en términos puramente demográficos, una Europa que ha perdido la importancia estratégica que la otorgaba encontrarse entre los dos bloques enfrentados durante la Guerra Fría, una Europa que carece de las capacidades militares imprescindibles para que su voz suene en el mundo y, sobre todo, una Europa que a pesar de constituir el mercado más grande del mundo en términos de poder adquisitivo, va perdiendo con demasiada rapidez el tren del desarrollo económico y, sobre todo, el de la vanguardia tecnológica. Piensen tan solo que nuestra renta per cápita es prácticamente la mitad de la de los Estados Unidos y en cuanto al desarrollo tecnológico se refiere, si gastáramos anualmente más porcentaje (0,5%) del PIB que los Estados Unidos, lo cual dista de ser cierto, alcanzaríamos su actual nivel de gastos en I+D, según la Cámara de Comercio Europea, el año 2123.

Así pues nos encontramos con una Europa que persigue un ideal de unidad, de paz y de fraternidad coexistiendo con una Europa real que pierde progresivamente su lugar en el mundo y que va dejando los problemas reales sin resolver.

José M. de Areilza desgrana este doble proceso poniendo de manifiesto la falta de líderes y de dirección estratégica que aqueja a Europa. Por lo que respecta a los líderes, o mejor a la falta de líderes, que puedan poner fin a este progresivo declive excepcional, pues Blair ya es el pasado, tan solo a Angela Merkel, poniendo a su altura a Sarkozy, que hoy no es más que una expectativa. En efecto Angela Merkel, en el poco tiempo que lleva en el cargo, ha dado muestras de tener las ideas claras sobre el futuro de Europa, aunque quizás éstas sean «demasiado nacionales». Por otra parte la dicotomía entre ampliación y profundización se ha resuelto, en principio, a favor de aquella lo que, como era de prever, dificulta ésta. Además, el escaso peso político de la Comisión tampoco contribuye a enderezar el rumbo. La crisis abierta por la nueva aprobación del texto constitucional no solo sigue sin cerrarse sino que, además, ha dividido a los países europeos dificultando la adopción de nuevas y necesarias medidas.

Son especialmente necesarias éstas en materia energética, como se puso de manifiesto con las incertidumbres del suministro ruso por sus problemas con Ucrania y más recientemente con Bielorrusia. Europa necesita, también en materia de energía, actuar con una sola voz, tener una política energética común pero ni la Unión tiene competencias para ello ni los esta-

dos miembros están dispuestos a cederlas. Además no es sólo el suministro, la energía afecta sustancialmente al crecimiento económico y, por tanto, al empleo; no tenemos resuelto el desarrollo del mercado interior de la energía y habría que dar una respuesta común al problema del cambio climático. Cada país tiene su propia política y sus propios problemas; por el momento Gran Bretaña es autosuficiente y Francia cuenta con una notable producción de origen nuclear, por ello no es de extrañar que la más nerviosa sea Alemania y así se explican sus escaramuzas para conseguir una relación privilegiada con Rusia por una parte y para ir sustrayendo fuerzas a su competidora Francia (la prueba está en el intento de compra de la española Endesa).

En materia de política exterior y de seguridad y de construcción de una defensa europea, subraya Areilza, junto a los esfuerzos realizados, los magros resultados obtenidos; la extensión de la mentalidad pacifista a pesar de los aldabonazos que los atentados terroristas han supuesto y la recomposición de la relación atlántica tras la crisis del 2003 con motivo de la guerra de Irak; a pesar de ello, los deberes están por hacer y Europa sigue siendo un «enano militar» y sin capacidad militar el papel de la UE como actor principal no es creíble.

El drama es que también empieza a perder estatura en el terreno económico a pesar de que 2006 ha sido un buen año desde este punto de vista (el desempleo ha bajado al 8%), principalmente por no abordar los problemas estructurales de sus economías; la rigidez de sus mercados laborales, la no integración de los financieros, la falta de competencia en el sector de servicios y en general las conquistas del Estado del Bienestar, están lastrando la competitividad de la economía europea y solo la bonanza económica actual permite cerrar los ojos a un riesgo tan inminente como importante cual es el de la deslocalización industrial.

Pero no toda esperanza está perdida. A finales de 2006 el Presidente Durao Barroso ha subrayado la importancia de tener una política energética europea; asimismo ha reclamado más competencias en materia de inmigración y ha impulsado medidas frente al cambio climático. Así pues, al menos somos conscientes de nuestras carencias y debilidades. En cualquier caso, concluye Areilza, el dato más preocupante en asuntos de seguridad y defensa sigue siendo el conformismo europeo.

Lo primero que debemos resaltar de América Latina en el año 2006 es la consolidación de los regímenes democráticos pues el apretado calendario electoral se ha desarrollado con una gran normalidad. También des-

de el punto de vista económico ha sido un año francamente positivo pues ha tenido un alto crecimiento. Sin embargo no todo son luces, ni desde el punto de vista político, ni desde el punto de vista económico. Carlos Malamud analiza lo acontecido en 2006 desde ambas perspectivas.

Políticamente, además de persistir la dictadura cubana, hemos sido testigos de un cierto reforzamiento del populismo liderado por Hugo Chávez con las victorias de Correa en Ecuador y Daniel Ortega en Nicaragua que se suman a la que Evo Morales tuvo en Bolivia en 2005. Es de resaltar un cierto elemento «indigenista» en esa oleada populista y es necesario hacerlo porque puede contener el germen de vaivenes poco deseables en el momento actual: no solo es que se juegue con una cierta demagogia a la construcción del llamado «socialismo del siglo XXI» sino que puede poner en peligro el propio anclaje de la región en el mundo occidental; desde luego es pronto para hacer juicios más fundados, pero su rechazo no solo al gigante norteamericano sino al propio modo de vida occidental, deben servirnos de llamada de atención pues cuestiona la propia identidad de la región.

Lo que es relevante es la nueva alineación política que se produce en el subcontinente; creo que no puede hablarse unívocamente de derecha e izquierda en su aplicación a Europa y Latinoamérica; más propio sería, a mi juicio, equiparar regímenes autoproclamados de izquierdas, como los del Brasil y Chile, a los países europeos gobernados por la derecha, pues coinciden con éstos en su respeto a las reglas del juego (la seguridad jurídica) y en su propósito de crecimiento económico sólido (en lugar de hablar sólo de redistribución de la renta). Frente a ellos nos encontramos, probablemente con Bolivia a la cabeza, con regímenes que ponen en tela de juicio valores occidentales consolidados llegando a cuestionar, como en el caso de Venezuela con la Ley Habilitante, el respeto a las propias reglas democráticas. Ello nos permite hablar, como dice Carlos Malamud, de un nuevo mapa político de la región y del giro a la izquierda producido en el año 2006.

Desde el punto de vista político, lo más preocupante de la región es que tras la buena noticia de la consolidación de las democracias, persiste la intranquilidad de la inexistencia, en muchos países, de verdaderos Estados, agentes de la cohesión nacional y coadyuvantes del desarrollo económico, garantes de la seguridad jurídica y promotores de una verdadera Sociedad civil.

Desde el punto de vista económico, la evolución en 2006 debe considerarse positiva si tenemos en cuenta las principales magnitudes (com-

portamiento de la deuda externa, reservas de divisas, índice de inflación, remesas de emigrantes, etc.).

Al igual que sucedía con el mapa político, el económico parece distinguir entre los países sólidos o de crecimiento más consistente como Chile y Brasil de los de aquellos que con políticas populistas introducen un mayor intervencionismo estatal a la vez que un menor respeto a la seguridad jurídica y así se ve si se analiza con detalle la evolución de la inversión extranjera en la región.

También desde el punto de vista económico se ciernen nubarrones sobre la región latinoamericana; uno, y no el menor, es el de las dificultades y obstáculos para el proceso de integración regional; desde Europa se percibe con claridad la imperiosa necesidad de, en un mundo que se dirige a la globalización total, establecer áreas económicas supranacionales. Contando Latinoamérica con una idéntica base cultural y con un idioma prácticamente común es de extrañar que el proceso de integración se encuentre no solo estancado sino incluso en retroceso; probablemente, como dice Malamud, el exceso de retórica y de nacionalismo unido a la falta de liderazgo político puedan ser los causantes de este estado de cosas. Los muy positivos datos macroeconómicos no deben hacer olvidar la pésima distribución de la renta, aunque haya disminuido notablemente el índice de pobreza, ni tampoco que el conjunto de la región crece a menor ritmo que el resto de los países en vía de desarrollo o incluso que África.

Por último, cabe preguntarse si la actual situación de mejora no es meramente coyuntural derivada del incremento de los precios de las materias primas y no tiene por tanto la consistencia deseable.

En cuanto a Cuba se refiere, el año 2006 ha sido testigo de la enfermedad ¿incurable? del dictador que abre un proceso de interinidad, en el que es de suponer, se estén librando batallas incruentas por el poder para cuando Castro desaparezca; en todo caso, ha comenzado en la isla un proceso de transición en el que es de esperar que los principales actores: Fuerzas Armadas, Iglesia Católica y Oposición política (tanto la interior como la de Miami) jueguen sus papeles con prudencia.

Por lo que respecta a la presencia española en la región, en la que es quizás el principal actor extranjero, se constata el carácter estable de las inversiones españolas lo que es un dato muy positivo, en sí mismo y a la vista de las celebraciones del Bicentenario que se acercan, siendo de desear no solo que se mantengan o incluso se acrecienten en un futuro pró-

ximo, sino también que vayan acompañadas de realizaciones «sociales» que ayuden a entender a la población el carácter beneficioso de dichas inversiones. Es claro que, en definitiva, la labor que España está haciendo es la de encauzar ahorro de todo el mundo hacia Latinoamérica, mejorando así claramente su nivel de vida, pero no está tan claro que así sea percibido por las poblaciones de los países beneficiarios.

Por último, una sugerencia: siendo el sudeste de Asia sin duda la región emergente por excelencia en la economía mundial, ¿no convendría encauzar hacia allí alguna al menos de nuestras inversiones vía Latinoamérica? Es decir, potenciar a las filiales de las empresas españolas en América Latina al tiempo que nos servirían de cauce más adecuado para el control de nuestras inversiones en el Sudeste de Asia. Al fin y al cabo la ruta de Colón, o mejor, la del Galeón de Manila, entendemos es más adecuada para nosotros que la de Marco Polo.

Como es natural y a pesar de lo que hemos dicho hasta ahora, no todo es novedoso en el panorama estratégico actual; por el contrario, hay elementos heredados de la situación anterior por mucho que ellos mismos presenten novedades.

Así sucede con la situación en Oriente Medio, analizada por el Coronel Ballesteros, donde a sus características tradicionales de fuente primordial de abastecimiento petrolífero del mundo, con países de notables contrastes (entre otros en la distribución de la renta), lugar de importantes y virulentos conflictos étnicos y religiosos y asentamiento principal de una religión monoteísta (y no hegemónica en el mundo actual), une ahora la de ser semillero principal, aunque no único, de terroristas islámicos y zona de fuertes tensiones nucleares, habiéndose incrementado, fundamentalmente por la situación de Irak, la tradicional inestabilidad. Todo ello sin olvidar el que parece insoluble conflicto palestino-israelí. En definitiva pues, las novedades son de signo negativo. El análisis del Coronel Ballesteros abarca lo que ha venido en denominarse «el gran Oriente Medio», desde Marruecos a Afganistán.

Por lo que respecta a la orilla sur del Mediterráneo, el conflicto del Sahara Occidental continua estancado a la espera de un acuerdo entre las partes y aunque la situación actual es muy onerosa económicamente para Marruecos y peor aún para el Frente Polisario, no es de esperar ningún cambio sustancial a corto plazo, visto lo irreductible de la posición marroquí y el poco interés internacional que el conflicto suscita.

Más inquietante es la situación en Argelia, aunque con la ayuda del aumento de los precios del gas y del petróleo, el gobierno de Bouteflika está superando su conflicto interno. No obstante, el integrista religioso y el terrorismo hacen que la situación sea todavía inestable.

Respecto al conflicto palestino-israelí, el año 2006 fue testigo de la guerra entre Hizbolá e Israel; Israel, como represalia a la muerte y secuestro de algunos soldados, invadió el Sur del Líbano por tercera vez dando lugar a una guerra que, y esto sí es una novedad, terminó sin la victoria de Israel lo que ha beneficiado a la palestina Hamás y sus líderes frente a la OLP; por el contrario, el resultado de la guerra ha disminuido la moral de los israelíes y ha creado graves problemas al gobierno de Ólmert, es más, ha aumentado el tradicional sentimiento de inseguridad del país lo que unido a la debilidad del Presidente palestino Abbas dificulta el proceso de paz.

En Palestina, con unas condiciones económicas cada vez más degradadas, la pugna entre Hamás, apoyada por Siria, Irán y también Rusia, y Fatah, apoyada por Estados Unidos y la Unión Europea, está enconándose día a día y hace temer lo peor.

Tampoco en el Líbano la situación es tranquilizadora, la preeminencia que Siria obtuvo como consecuencia de la guerra civil, ha sido decisiva en el conflicto de 2006 y ha encumbrado a Hizbolá que aparece como vencedor de los israelíes, lo que le ha erigido en referente de todo el mundo árabe pues ha encarnado la esperanza de que Israel puede ser derrotado.

Con todo la situación más grave es la del conflicto de Irak donde la progresión creciente de víctimas, a manos del terrorismo y de la insurgencia, fundamentalmente iraquíes pero también de soldados estadounidenses, hace casi imposible la actuación del gobierno iraquí salido de las elecciones de 2005. Lo que fue una espectacular victoria militar se está convirtiendo en un verdadero infierno y, lo que es peor, cada día disminuyen las esperanzas de solución. La increíble, a ojos de Europa, decisión de desmontar el ejército y la policía iraquí, junto a la rivalidad entre sunnitas y chiíes hace que el país se esté precipitando hacia el caos y la guerra civil de la que, por ahora, se salva por la presencia de las fuerzas de coalición; pero esta presencia por una parte no podrá durar siempre (las bajas y el coste económico se van haciendo insostenibles para la opinión pública norteamericana) y por otra, ella misma, su sola presencia, atiza las rivalidades en conflicto.

Así pues estamos en una carrera contra el tiempo en la que Estados Unidos espera estabilizar la situación política para poder hacer regresar a sus tropas.

La situación de Irak es con diferencia la más preocupante de toda la región aunque no debemos olvidar el aumento de tensión que proporciona Irán, no sólo por su apoyo a la facción chiíta iraquí y más lejos a Hizbolá en el Líbano y Hamás en Palestina, sino sobre todo por su programa de enriquecimiento de uranio con el reto a la legalidad internacional que supone; a pesar de sus declaraciones de que tan sólo quieren disponer de energía nuclear para usos civiles y pacíficos, los indicios apuntan a que su verdadera voluntad es convertirse en una potencia militar nuclear, extremo éste que todavía hoy no ha sido confirmado por la Organización Internacional de Energía Atómica (OIEA). Si así fuera, si Irán se convirtiera en una potencia nuclear, se produciría un incremento de la tensión en la zona sobre todo a la vista de sus declaraciones radicales en contra de Israel. La coyuntura actual le favorece puesto que Estados Unidos, embarrancado en Irak, tiene limitada su capacidad de actuación en la zona y la comunidad internacional se encuentra, también por causa de Irak, muy dividida. En los próximos meses se dilucidará, en primer lugar, si los propósitos que guían a Irán son los de ser una potencia nuclear y, en segundo lugar, si la comunidad internacional tolerará la situación. Si así fuera nos encontraríamos ante un agravamiento de la tensión que podría llegar a ser insostenible.

Por último el Coronel Ballesteros analiza la actualidad en Afganistán en la que también nos encontramos con un espectacular crecimiento de los ataques terroristas suicidas y un resurgimiento de la insurgencia talibán, lo que hace peligrar la presencia de las fuerzas de Naciones Unidas y de la Alianza Atlántica.

En conclusión, la situación en el Oriente Próximo se ha agravado sustancialmente en 2006 y hace temer un futuro próximo en que puede llegar a ser insostenible.